

con los ojos cerrados, presintió y adivinó mas bien que vió, que ella se dirigía hácia el divan en donde estaba.

Esta vez fué ella la que tomó la palabra, diciéndole :

— No sé si podeis oirme ó si representais el papel de embriagado. Pero si esto es así, Chinela, os conjuro que me respondais.

Aguardó un momento, pero Chinela no meneó pié ni mano.

— De las explicaciones que podais darnos, continuó madama Lamouroux, puede depender vuestra ruina ó vuestra fortuna.

Vuestra fortuna, si estas explicaciones son francas, y vuestra ruina si son falsas.

Un ronquido sonoro que se dejó oír en el cuarto fué la única respuesta de Chinela, que fingia dormir como un cachorro.

— Ya lo veis bien, repitió José, oyendo un ronquido tan natural y bien imitado, que por hoy no podremos saber nada. Lo mejor es dejarle evaporizar su aguardiente. Ya lo tenemos en nuestro poder, que es lo principal, y mañana habrá tiempo de interrogarle á nuestra satisfaccion.

— ¡Ah! exclamó madama Lamouroux, cogiéndose la cabeza entre las manos, vos podeis esperar, vos, ¡vos que no sois madre!

Al oír esta exclamacion, que fué un grito verdadero, pensó Chinela que tenia la partida ganada, pero, sin embargo, tuvo bastante fuerza de voluntad para permanecer inmóvil, como muerto, y de continuar roncando cada vez mas fuerte.

— En fin, teneis razon, dijo Elena dejando caer sus brazos con el mayor desaliento, nada conseguiremos saber esta noche, esperemos á mañana.

Despues se apoderó de ella una extrema inquietud.

— Sobre todo, cuidad que no se escape.

— No tengais cuidado, respondió José. En primer lugar, es probable que pasará toda la noche durmiendo y no se despertará hasta mañana; y en seguida, yo y nuestros amigos velaremos. En cuanto á vos, Elena, id á descansar y soñad con que la Pippione es vuestra hija.

Y con qué ardor repitió madama Lamouroux esa palabra divina :

¡ Mi hija!

Chinela, con los ojos siempre cerrados, oyó alejarse sus pasos, despues abrir y cerrarse una puerta, y algunos cuchicheos detrás de ella. Entonces abrió primero un ojo, luego los dos.

El cuarto estaba enteramente desierto y alumbrado solamente por una lamparilla colgada del techo.

Chinela se incorporó sobre el divan y se puso á escuchar.

Oyó que seguian hablando detrás de la puerta.

Y el saltimbanqui comprendió que daban algunas órdenes para evitar ú oponerse á una evasion posible.

— Otras veces mejor que ahora, se dijo á sí mismo sofocando una risa de satisfaccion, trataria yo de buscar los medios de escaparme.

Puso los piés en el suelo y se quitó los zapatos para no meter ruido al andar.

Precaucion bien inútil por cierto, puesto que el suelo estaba cubierto con una lana espesa de Aubuson.

Pero Chinela era prudente y no queria aventurar nada al azar.

Habia estado buscando hacia mucho tiempo el modo de entablar esta partida, de la que, por confesion misma de sus adversarios, debia resultar su fortuna, para que, cuando ya habia perdido por último sus esperanzas, ahora que se presentaba la ocasion de jugarla de una manera tan inesperada, tratase él de huir el cuerpo y evitar el combate.

De él solamente dependia ahora el hacer salir la fortuna y no la ruina.

Se puso á explorar su prision con pasos sordos.

Prision muy agradable por cierto, bien amueblada, bien guarnecida de una manera que Chinela encontraba suntuosa y en la que hubiese consentido pasar el resto de su vida.

Lo primero que trató de examinar fueron las salidas. No tenia deseos ni pensaba en escaparse aquella noche, eso no, pero tal vez le podria venir ese deseo mañana, y era preciso estar precavido para el porvenir.

Por la puerta principal era inútil pensar en ello, porque naturalmente se debia suponer que estaria bien guardada por fuera.

Quedaban la ventana y la puerta de un cuarto interior.

La ventana se hallaba sólidamente cerrada con dobles contraventanas sujetas por un fuerte candado, y ademas, segun todas las probabilidades, debia dar al patio.

Solamente, como el cuarto debia estar en el primer piso — Chinela habia contado los escalones — y que un candado no era un obstáculo insuperable, decidió que esta ventana seria su camino de escape en caso que fuese indispensable el escaparse.

Y como un hombre precavido no debe olvidar nada, Chinela abrió la segunda puerta para saber á donde iba á dar.

Y se encontró con un gabinete-tocador, á cuyo alrededor habia vestidos colgados, y á través de una pared trasparente filtraba una luz discreta por la parte alta.

Chinela volvió al cuarto para tomar una silla y poder averiguar, subiéndose encima, de donde venia aquella luz.

Entonces, á través de una de esas claraboyas que emplean los arquitectos de Paris para alumbrar ciertos gabinetes sin ventanas, hé aquí lo que vió.

Vió á una jóven, á una niña, á la Pippione, en fin, acostada y durmiendo en una gran cama oscura.

Al lado de la cama, la mujer que habia visto antes envuelta en una ancha dulleta de color de hoja seca, velando el sueño de la enferma.

— ¡Ah! exclamó bajándose de su observatorio, ahora ya estoy seguro. No es un lazo, la señora se cree realmente la madre de Pippione. Estas son gentes ricas. Ya tengo hecha mi fortuna.

Y despues de esta conclusion, que lo tranquilizó, Chinela se volvió á tender sobre el divan, en donde se durmió con el sueño del justo.

Como todos los meridionales, y yo deberia decir como todos los hombres de imaginacion, era en la soledad y en el silencio de la noche cuando Chinela combinaba mas fácilmente sus planes.

Y ¿qué era la obra que iba á emprender, sino un verdadero esfuerzo de la imaginacion?

Con los pocos elementos incompletos que él poseia, le era preciso adivinarlo todo, ó, por lo menos, acercarse á la verdad lo mas posible, para no cometer algun yerro garrafal.

Se hallaba en frente de una madre que buscaba á su hija, y con razon ó sin ella, esta madre creia que la Pippione era su hija.

¿Cómo habia llegado ella á adquirir esta conviccion? ¿qué probabilidades habian podido dar lugar á esta creencia? Chinela lo ignoraba, y era preciso que lo adivinase.

Pues ya no dudaba que su recompensa seria tanto mayor cuanto mas lograrse corroborar aquella conviccion.

Por otra parte, lo que él sabia de la Pippione se limitaba á bien poca cosa.

Un viajero rico, un francés, habia hecho con él el ajuste de dejarle una niña moribunda, retribuyéndole largamente.

Del pasado ó antecedentes de esta niña no sabia mas sino que se llamaba Blanca, su nombre de pila.

Del extranjero no habia conservado sino sus señas, grabadas, es verdad, en su memoria de una manera profunda é indeleble, pero señas que con el tiempo podrian muy bien haber variado.

Con estos débiles indicios, que dejaban un extenso campo abierto á su espíritu inventivo, le era necesario componer una historia.

Una historia bastante vaga tambien para que pudiese concordar en sus detalles principales con todo lo que Elena pudiese saber acerca de la hija perdida; bastante interesante al mismo tiempo para que él pudiese representar en ella el papel de salvador, ó por lo menos el de protector...

El resto de la noche lo empleó en arreglar su novela, y luego, satisfecho sin duda de su plan, se quedó dormido al amanecer con el sueño profundo y sosegado de las conciencias tranquilas.

Este sueño fué interrumpido por la entrada en el cuarto de Elena y de José.

Habian dejado al doctor Ozam al lado de Pippione, y estaban decididos, costase lo que quisiese, á hacer hablar á Chinela, que esta vez ya no tenia la excusa de la embriaguez.

El italiano juzgó mas conveniente entablar el primero la conversacion.

— ¿En dónde estoy, y qué me quereis? exclamó.

— Nada mas que haceros bien si respondeis con franqueza, le dijo madama Lamouroux.

— No tengo nada que responderos, contestó Chinela con dignidad; no os reconozco ni el derecho de preguntarme ni el de tenerme prisionero.

José se sonrió, y le dijo :

— Si nosotros no tenemos ese derecho, nos lo tomamos, maese Chinela, y os aconsejo que no os quejéis demasiado de esta prision, no sea que se cambie por otra menos cómoda.

— ¡ Amenazas! dijo Chinela encogiéndose de hombros. Yo soy hombre honrado y no temo á la justicia, ¿lo entendéis?

Elena se interpuso diciendo :

— No se trata de nada de eso : lo que podríamos obtener de vos por medios violentos, prefiero deberlo á vuestra buena voluntad. Y, desde luego, tened por seguro que las noticias y detalles que vamos á pedirnos en nada os causarán perjuicio : nunca haremos uso de ellos contra vos, cualesquiera que ellos sean; al contrario, os recompensaremos generosamente los informes que nos podais suministrar.

— Corriente, dijo Chinela, eso si que es hablar bien. Preguntadme, señora, y segun la clase de preguntas, yo veré si debo ó si puedo responder á ellas.

— ¿Sois italiano?

— Sí, señora : napolitano.

— Y, ¿cuándo habeis salido de Nápoles?

— Hace dos años.

— ¿Solo?

— Con mi hija.

— ¿Qué edad tiene esa niña?

— Diez y siete años. Pero no es robusta la Pippione, y parece que no tiene mas de quince años.

— ¡Vaya un nombre raro, la Pippione!

— ¡Oh! es un apodo que le han dado; su verdadero nombre es Bianca.

Las respuestas á las preguntas hechas habian sido dadas con claridad y precision. Así los que preguntaban como el que respondia no habian tenido mucha necesidad de poner atención á sus palabras, puesto que sabian bien que no se habia tratado todavía el punto principal de la cuestion.

José se habia arrimado negligentemente á la chimenea y jugueteaba con los flecos de la guarnicion.

Hubo un rato de silencio. Madama Lamouroux buscaba el medio de continuar la conversacion sin hacer concebir sospechas ni desconfianza á su interlogutor.

— ¿Sois muy desgraciado? le preguntó al fin.

El italiano echó una triste mirada sobre sus vestidos hechos girones y andrajos, y respondió :

— No tiene uno trazas de ser millonario. La niña estaba siempre mala, pero así y todo me ayudaba, porque les daba lástima á los transeuntes; pero desde que no la tengo, el negocio anda mal.

— ¡Cómo! dijo madama Lamouroux haciéndose la admirada, ¿qué, ya no teneis á vuestra hija? ¿pues qué ha sido de ella?

Chinela se mordió los labios y dirigió una mirada socarona á José y á Elena.

— No lo sé, respondió dando un gran suspiro que aparentó cuanto pudo ser sincero. Una noche, al volver á casa, no la encontré en el cuarto, y despues, por mas que la he buscado...

— En todas las tabernas de Paris, le interrumpió José riéndose. Vamos, Chinela, dejaos de emociones fingidas, que no os sientan bien.

— Preciso es confesar, añadió madama Lamouroux, que si la Pippione es vuestra hija, vos sois un padre muy singular.

— Ahí está toda la cuestion, dijo José. ¿Es él el verdadero padre de la Pippione? porque sabido es que estos titiriteros tienen muchas veces niños robados.

— Ya estamos en el negocio, se dijo entre sí Chinela.

Y alzando la cabeza quiso responder :

— ¿Por quién me tomáis vos?

Pero José, interrumpiéndole de nuevo y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo :

— Debo advertiros, Chinela, que el género patético os sienta tan mal como el género tierno. Nosotros os tomamos simplemente por un mozo muy ligero en materia de escrúpulos, muy ancho de conciencia y muy escaso de dinero : todo cuanto queráis decirnos, no cambiari un ápice el concepto que tenemos formado así respecto á vos, como respecto al asunto de que nos ocupamos. Podeis hablar sin temor y con toda franqueza. Si hubiésemos querido perderos, ya lo estaríais á estas horas, sin tener necesidad de recurrir á vuestras propias confianzas. Lo mejor es que respondais categóricamente. ¿Es la Pippione hija vuestra?

Chinela bajó la vista y aparentó vacilar y como si la confesion que iba á hacer le costase un grande esfuerzo. Al fin respondió con voz sorda y despacio :

— No.

— ¿Es una niña robada?

— No, volvió á responder. Me la confiaron.

— ¡Vaya un buen tutor que le habian elegido!

— Y ¿quién? ¿quién? preguntó Elena con ansia.

— Un viajero que no hizo mas que atravesar por Nápoles.

— ¿Cómo se llama?

— Ya comprendereis que él no fué á decírmelo.

— Y ¿vos no habeis tratado de averiguarlo?

— Mucho ; pero no lo he logrado. Nadie le conocia en la ciudad, y ademas ya os he dicho que no hizo mas que atravesarla.

Elena dejó caer sus brazos con desaliento, y Chinela comprendió que se extraviaba metiéndose por un mal camino.

Si aparentaba no saber nada, era claro que no habria grande interés en comprarle un secreto que él no podia vender.

Continuando en negar, era preciso hacerlo de manera á dar á entender que, en caso necesario, podria decir alguna cosa mas.

Así trató de corregir el mal efecto de sus últimas palabras, por lo que ellas tenían de afirmativo, por medio de una vaga y misteriosa sonrisa.

Elena sorprendió esa sonrisa, que hizo nacer en su corazón una nueva esperanza.

— ¡Ah! exclamó. ¡Mentis! vos sabeis su nombre.

Chinela no respondió una palabra.

— Lo conoceis, continuó la pobre mujer ; temeis quizá no ser recompensado despues que hayais descubierto vuestro secreto. ¡Oh! si es así, hablad, ¿qué es lo que exigis? Sea lo que quiera lo que pidais, lo tendreis.

Chinela continuaba callando, pero esta vez porque se hallaba embarazado ; ¿cómo habia de decir un nombre que él ignoraba?

Elena le habia tomado las manos y con los ojos arrasados de lágrimas se lo suplicaba y le decia :

— ¡Ese nombre!... decidme por favor ese nombre... ¿de qué os sirve el ocultármelo? ¿Para qué puede seros á vos útil? ¿temeis el comprometeros? Pues os juro que en todo este negocio no se hará la menor alusion á vos. Ademas, sereis rico, podreis marcharos, iros á donde queráis. ¡Vamos! yo no sé qué mas he de deciros, cómo convenceros ; ¿qué es lo que queréis? ¿qué es lo que exigis?

Pero nada, ni una palabra. Chinela estaba en brasas, como suele decirse ; su facundia italiana no le servia ahora de nada. Le pedian un nombre, y este nombre él lo ignoraba.

José se acercó entonces y dijo :

— Dejadmé, Elena. O este hombre no sabe nada, ó yo le habré obligado antes de la noche, á que responda claro.

XXV

CASTOS AMORES.

El doctor Ozam se habia quedado acompañando á la Pippione mientras que José y madama Lamouroux hacian este primer interrogatorio á Chinela.

No era sin tristeza que ella los habia visto salir, acompañándolos hasta la puerta con una mirada melancólica, pero cuando al volver sus ojos se fijaron en la bondadosa fisonomía del doctor, en seguida apareció en sus labios descoloridos una apacible sonrisa.

— Vamos, Pippione, le dijo el buen doctor con voz alegre, héos aquí hecha una mocita á lo que parece. Dentro de quince dias esas mejillas pálidas van á volverse sonrosadas, y esos ojos abatidos van á ponerse mas brillantes que nunca.

— Habeis sido todos tan buenos para mí, dijo la Pippione, que me parece que lo que aquí se respira no es aire, sino la vida misma. ¡Me hallo tan dichosa de verme amada, pobre de mí que siempre he sido tan maltratada...! ¿Qué he hecho yo para que el buen Dios os haya enviado en mi socorro, y que será de mí cuando ya no os tenga?

A esta idea se asomó una lágrima á sus ojos que se escurrió como una gota de rocío por entre sus párpados medio

cerrados, y se quedó balanceándose en las puntas de sus largas y rubias pestañas.

— Nada de tristeza, Pippione, exclamó alegremente el doctor ; la Facultad lo prohíbe absolutamente. Si estais triste volvereis á caer mala, y yo me veré obligado á volveros á hacer tomar esas pícaras drogas negras tan desagradables.

Y al hablar así la amenazaba con el dedo, y hacia visajes con los ojos con una severidad muy cómica.

La lágrima se escurrió á lo largo de la mejilla nacarada de la jóven que se echó á reír.

— ¡Bueno, bueno, picarilla! burlaos de vuestro médico cuanto queráis, pero que no vuelva á haber penas imaginarias y forjadas por el capricho.

Veamos, dijo, despues de un corto silencio y en un tono de cariñosa reconvenccion, ¿cómo habeis podido imaginaros que se os abandonaria despues de haberos resucitado, por decirlo así? Los corazones generosos, Pippione, toman cariño á las personas en razon misma de los sacrificios que han hecho por salvarlas, y yo conoceria muy mal á madama Lamouroux, si no creyera poder tener el derecho y aun el deber de afirmaros, en su nombre, que nunca os abandonará.

— ¡Ah! exclamó la Pippione, ¿podré vivir siempre á su lado, y al lado de M. José?...

— ¿Y por qué no? respondió el doctor. Madama Lamouroux no tiene hija, y vos le servireis como tal : la consolareis, á vuestra vez, á ella que os ha consolado. ¡Oh! no temais nada ; en este cambio vos sois la que dais mas, querida niña, y os veo destinada á ser un rayo brillante de sol en una existencia bien triste y bien desconsolada hasta este dia.

— ¡Cómo! exclamó la niña con una mirada llena de fuego, y en un tono de celestial alegría, ¿yo podria servir de algo y contribuir á la dicha de madama Lamouroux? ¡Oh! ¡nunca, nunca he sido tan feliz como en este momento!

— Es preciso continuar siéndolo, dijo el buen doctor, por que siendo dichosa es como podreis pagar á esa mujer generosa la deuda de gratitud que habeis contraido con ella.

¿Qué pensamiento atravesó la mente de la Pippione para que se pusiese de repente encendida y bajase sus grandes ojos azules con encantadora confusion?

— ¿Y él?... preguntó, y ¿M. José?

— M. José... ¿qué? preguntó el doctor.

— ¿Se quedará tambien él con nosotras?

— Sin duda. José es, como vos, un hijo adoptivo de madama Lamouroux, y mientras ella viva, no la abandonará jamás.

— ¡Ah! tanto mejor, exclamó la Pippione con una candorosa alegría. Si nos hubiese dejado, se me figura que no habria podido ser nunca completamente dichosa.

— ¿Tanto es lo que amais á José?

— Seria la mas ingrata de todas las criaturas, respondió la Pippione con fuego.

— Miren, miren eso.

Y valiéndose del privilegio de su edad y de su profesion, el doctor Ozam dió unos golpecitos en las mejillas de la Pippione con el revés de su mano.

— A él solo es á quien yo debo el estar aquí, y haber conocido á madama Lamouroux.

Y la Pippione le contó cómo José la habia cogido en sus brazos, trasportándola desvanecida y moribunda á esta casa en la que debia encontrar la dicha.

— Pero eso no es todo, M. Ozam ; yo tenia calentura, deliraba, qué sé yo. Vos me dabais por muerta, y pensábais que yo no veia ni oia nada ; pero yo veia y oia todo, y sé que muchas veces me ha estado velando ahí, en ese sillón, y que á cada momento venia á ver si yo dormia, andando de puntillas para no despertarme, preparando los remedios, y hablándome, cuando me los daba, con una voz dulce y tan suave, que al oír la dulzura de su voz, yo olvidaba la amargura del remedio... Y cuando yo estaba peor, ¡tenia el aire tan triste, y tan alegre cuando yo estaba mejor!... de modo que yo, á quien él no conocia el dia antes, parecia que me habia vuelto una hermana suya, una hija querida ; ¿pues cómo no habia de amarle?... ¡Oh! M. Ozam, mejor quisiera morir que no amarle.

Hablando así se habia enderezado enteramente, con las mejillas encendidas, con los ojos muy animados y el seno palpitando : estaba realmente hermosa.

— Vamos, vamos, pequeña rabiosa, no hay que agitarse de ese modo, ó si no me enfado, dijo el doctor ; en primer lugar cubrid esos brazos que van á quedarse frios. ¡Qué diantre! ya podeis amar á vuestro José cuanto os dé la gana, nadie os lo prohíbe, pero esta no es una razon para que volvais á caer mala.

¡Eh! mirad si yo tenia razon ; os habeis vuelto á poner ahora bien pálida : esos arranques son demasiado violentos para que podais soportarlos todavia.

En efecto, la Pippione habia vuelto á dejarse caer entre los almohadones ; toda su sangre habia refluido al corazón, y sus mejillas se habian puesto tan blancas como el marfil.

Pero la causa de este desfallecimiento no era la que creia el doctor Ozam. Al tenderse sobre las almohadas, la pobre niña habia pronunciado dos palabras, pero con voz tan débil que el doctor no habia podido oirlas, y en aquellas palabras iba envuelta toda su alma. Habia dicho :

— ¡Ahí está!

Y sin embargo, todavia no se habia sentido ningun ruido en el cuarto.

¿Tenia la Pippione el don de ver á través de las paredes?

La puerta se abrió en efecto, y José entró seguido de madama Lamouroux.

Y segun se iba acercando al lecho en donde la Pippione estaba, esta se sentia revivir, volvia á subirle los colores al rostro, y la sangre generosa y sonrosada circulaba mas libremente bajo los finos tegumentos del cutis. Los labios se sonreían, y la luz de la alegría y de la salud se encendia en el fondo de sus ojos azules.

Era una transfiguracion completa, una verdadera resurreccion.